

6. Leonardo Pataccini *

Crónica de un conflicto anunciado: la evolución de las relaciones EE.UU.-Rusia desde desaparición de la URSS a la crisis de Ucrania

ABSTRACT

Desde de noviembre de 2013, la atención de gran parte del público y los analistas mundiales se ha enfocado en Ucrania. Iniciadas como una protesta protagonizada por la oposición interna, las manifestaciones ocurridas en las calles de Kiev son el producto de un escenario complejo que no se limita solo a la situación doméstica del país. La implicación directa de los Estados Unidos, Rusia y la Unión Europea son la confirmación de ello. En este marco, el presente artículo sostiene que desde hace más de un década las tensiones entre EE.UU. y Rusia poseen una tendencia ascendente y el conflicto de Ucrania, inmerso en esta dinámica, ha significado el clímax en el proceso de deterioro de sus relaciones. Además, se

muestra que la importancia estratégica de Ucrania para los países occidentales no es un fenómeno reciente, sino que ha estado presente desde el momento mismo de la caída de la Unión Soviética.

Palabras Claves: Estados Unidos, Rusia, Ucrania, Unión Europea, Geopolítica.

Since November 2013, the attention of the public and global analysts has been focused on Ukraine. Started as a protest led by domestic opposition, the demonstrations in the streets of Kiev are the product of a complex scenario that is not only limited to the domestic situation. The direct involvement of the United States, Russia and the European Union are a confirmation of it. In this framework, this article argues that for over a decade the tensions between the U.S. and Russia have had an upward trend and the conflict in Ukraine, immersed in this dynamic, has meant the climax in the deterioration of their relations. In addition to that, it is shown that the strategic importance of Ukraine to Western countries is not a recent phenomenon, but has been expressed since the fall of the Soviet Union.

Keywords: United States, Russia, Ukraine, European Union, Geopolitics.

* Docente UBA – UNLZ. Investigador de la Sociedad Internacional para el Desarrollo, Capítulo Buenos Aires. Doctorando en Ciencias Sociales, UBA. E-Mail: lpataccini@gmail.com

I. Introducción

Desde de noviembre de 2013, la atención de gran parte del público y los analistas mundiales se ha enfocado en Ucrania. Iniciadas como una protesta protagonizada por la oposición interna, las manifestaciones ocurridas en las calles de Kiev, y que han contado con gran cobertura de los medios de comunicación occidentales, son el producto de un escenario complejo que no se limita solo a la situación doméstica del país. La implicación directa de los Estados Unidos y Rusia, con un papel secundario de la Unión Europea encolumnada detrás de la posición de Washington, son la confirmación de ello y la escalada de tensiones internacionales surgidas a raíz de la crisis ucraniana ha despertado los viejos fantasmas de un pasado no tan lejano. Las grandilocuentes acusaciones intercambiadas entre los dirigentes de estos países han sonado como ecos de una Guerra Fría más olvidada que abandonada. Y no han sido pocos quienes han sucumbido a la tentación de la comparación. A este respecto debe mencionarse que si bien existen profundas diferencias con el marco global de esa época, también existen algunas importantes similitudes. Como han señalado algunos prominentes teóricos de la Política internacional, pueden destacarse algunos elementos que permanecen vigentes y sugieren cierta continuidad con el escenario del pasado (Waltz, 2000). Entre ellos se encuentra la presencia de algunos actores, como los Estados Unidos y la OTAN; algunas alianzas interregionales, como los EE.UU.-Europa -aunque esta última haya mutado su forma institucional-; y la importancia de los

recursos naturales-energéticos –en este sentido, se puede señalar que la matriz de consumo energético global en la actualidad no es sustancialmente diferente de la existente durante los años de la guerra fría.

En este marco, el principal desafío para los analistas es disponer de un esquema teórico que permita dar cuenta de las diferentes variables que intervienen en un proceso que todavía está en marcha. Es decir, poder articular las continuidades del pasado en un escenario global diferente. Dada la complejidad de esta tarea, lo más operativo parece ser enfocarse en aspectos puntuales para poder analizarlos con mayor profundidad. Por ello, siguiendo los fundamentos de la escuela Neorrealista de las relaciones internacionales sobre la estructura anárquica del sistema político internacional y el interés de los Estados nacionales (Waltz, 1979, 2000, Mazat y Serrano, 2012, Brzezinski, 1997), el presente artículo posee dos objetivos. En primer lugar, mostrar que las tensiones entre EE.UU. y Rusia poseen un tendencia ascendente desde hace al menos una década y el conflicto de Ucrania ha significado el clímax en el proceso de deterioro de sus relaciones. Concretamente, se sostiene que a lo largo de la última década se ha desarrollado un fuerte conflicto de intereses entre ambos estados que se ha profundizado de manera definitiva con la crisis en Ucrania. En segundo lugar, el artículo intenta poner de manifiesto que la importancia estratégica de Ucrania no es un fenómeno reciente, sino que ha estado presente para los tres actores externos involucrados en el conflicto (Rusia, EE.UU. y la UE) desde el momento mismo de

la caída de la Unión Soviética y la declaración de su independencia, en 1991. De este modo, se afirma que la situación de Ucrania es un elemento crucial para comprender uno de los principales núcleos de tensión en el escenario geopolítico global durante las últimas dos décadas y, al mismo tiempo, no es posible comprender la situación de Ucrania sin dar cuenta de la evolución de las relaciones entre los EE.UU. y Rusia desde la caída de la URSS.

Para alcanzar dichos objetivos, el trabajo pretenderá analizar la evolución de las políticas estratégicas implementadas por los actores en relación con sus intereses y exponer cuáles han sido sus efectos sobre el sistema político internacional. Para ello, el trabajo se estructura de la siguiente manera: en la siguiente sección se expondrán las principales características de las relaciones entre EE.UU. y Rusia durante la década posterior a la desaparición de la URSS. En la sección III, se presentará la fase de aumento en las tensiones y divergencias entre ambos países, ocurrida con la llegada de Putin y las revoluciones de colores. En esta sección se incluyen la invasión de EE.UU. a Irak y la segunda guerra de Georgia. La sección IV analizará el período que se abre con la llegada de Barack Obama a la presidencia de los Estados Unidos. Este estuvo caracterizado por un intento inicial de recomponer las relaciones con Moscú y lograr alcanzar la cooperación en el ámbito internacional. Sin embargo, las tensiones volverían a surgir y la cooperación solo fue posible en aspectos puntuales. La sección V se enfocará en la situación concreta de Ucrania, intentando mostrar como se relaciona con el contexto de las relaciones

entre los dos países y cuales han sido sus consecuencias en la región. Finalmente, en las conclusiones se procura exponer los aspectos más relevantes de la evolución de las relaciones entre EE.UU. y Rusia y los principales elementos del escenario global resultante tras la crisis de Ucrania.

II. Las relaciones Rusia-USA tras la guerra fría: debilitamiento y cerco estratégico

Indudablemente, 1991 significa un punto de inflexión insoslayable en la historia contemporánea mundial. Con el colapso y la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se produjo un cambio dramático en el esquema internacional y se abrió un nuevo escenario, completamente diferente en muchos aspectos al que le precedió. Por un lado, desaparecía una de las dos grandes superpotencias globales, la URSS, cuyos dominios se extendían mucho más allá de sus fronteras, desde el Océano Pacífico hasta Europa Occidental y desde el Ártico hasta el mar Adriático. Su caída dio lugar a una profunda reconfiguración del espacio euroasiático y de su solo territorio surgieron 15 nuevos estados, cambiando sustancialmente la geografía política de la región. Por el otro lado, la desaparición de la URSS significó la afirmación de los Estados Unidos como única superpotencia global. Así, este nuevo escenario estuvo caracterizado por una profunda asimetría en el poder económico y militar de los EE.UU. con respecto al resto del mundo (Ruttan, 2006). Probablemente nunca antes en la historia de la humanidad esta desigualdad había sido tan pronunciada ni

un solo actor había tenido tanta influencia en tantas regiones del globo terráqueo al mismo tiempo.

En este marco, la estrategia geopolítica de EE.UU. desde 1991 tuvo por objetivo consolidar y mantener su posición de primacía global (Brzezinski, 1997). Para ello, se basó en dos aspectos prioritarios. Por un lado, se procuró el debilitamiento del poder de los países que podían aspirar a ser potencias regionales, enfocándose especialmente en aquellos que poseyeran armas nucleares (Fiori, 2004). Por el otro lado, la estrategia geopolítica norteamericana procuró mantener el control sobre el acceso a las principales reservas mundiales de recursos energéticos. La importancia de ello no radica necesariamente en garantizar el suministro de energía a los Estados Unidos, sino en la capacidad de ejercer un poder negativo sobre sus eventuales rivales (Hosseini-Zadeh, 2007). Esto es, mantener un poder estratégico de veto sobre la oferta de otros países que importan o exportan dichos recursos energéticos. Como ya se ha dicho, esta estrategia geopolítica tiene como objetivo mantener la posición de liderazgo de los EE.UU. en el sistema mundial, una meta fuertemente vinculada a los intereses económicos de diversos sectores del país, especialmente complejo militar-industrial y el sector financiero. Esta estrategia geopolítica se desarrolló, además, con el apoyo de los principales organismos internacionales, en los cuales Estados Unidos posee el papel protagónico debido a su posición en sus respectivas estructuras gubernativas (Mazat y Serrano, 2012). Instituciones como el Fondo Monetario

Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, la Organización de Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico Norte han sido y continúan siendo fundamentales en la estrategia de los Estados Unidos por la legitimidad que le brindan a la asimetría de su poder y por los medios que le ofrecen para la defensa de sus intereses y la consecución de sus objetivos.

Dentro de este contexto de fuerte asimetría durante la década de los 90, EE.UU. practicó una política de debilitamiento sistemática de su ex gran enemigo (Mazat y Serrano, 2012). Este objetivo fue facilitado por la actitud abiertamente pro-occidental del gobierno de Boris Yeltsin hasta su salida del poder, en 1999. Yeltsin defendió la idea de una *"integración virtuosa"* de Rusia al mundo capitalista. Sin embargo, la década de 1990 significó un gran subdesarrollo de Rusia en varios ámbitos en comparación con la situación de la URSS. Para Rusia, esta década estuvo marcada por una fuerte fragilidad en el campo geopolítico y la pérdida de influencia externa. Además, a partir de 1991 Yeltsin introdujo la denominada "Terapia de shock" (Klein, 2007), con funestos efectos para la economía del país. Esta consistía en un paquete de medidas fulminantes que incluían privatizaciones, liberalización y desregulación absoluta de los mercados internos y externos de bienes y servicios. El objetivo era generar lo más rápido posible las condiciones para establecer una economía de mercado en el país. Para la población rusa, el resultado de la "terapia de shock" fue traumático, desatando una

crisis hiperinflacionaria, desocupación y una severa disminución del PBI, que en 1998 era la mitad del de 1991 (Pataccini y Kinzhebaeva, 2014).

Cabe destacar que el mencionado paquete de reformas fue aplicado y desarrollado con la colaboración de asesores económicos extranjeros, fundamentalmente norteamericanos, que en la mayoría de los casos fueron pagados directamente por el gobierno de los EE.UU., como es el caso de Jeffrey Sachs, quien tuvo un rol preponderante en la transición de muchas economías planificadas al capitalismo después de 1990. A cambio de su docilidad y obediencia, los líderes rusos esperaban obtener ayuda económica exterior para financiar los costos y aliviar los efectos sociales y económicos de la transición (Service, 2000). Sin embargo, en el caso de EE.UU. esta ayuda nunca llegó y los aportes de las organizaciones europeas e internacionales, como el FMI, fueron extremadamente limitados. En este sentido, es importante destacar que como condicionalidad para recibir dicha ayuda, Rusia se vio obligada a tomar como propia la deuda externa de todos las demás ex repúblicas soviéticas pero, pese a que lo hizo, los fondos nunca llegaron. De esta manera, la financiación desde el exterior fue tan exigua con relación al volumen de la deuda que Rusia reconoció, que durante la década de 1990 el país giró al exterior más dólares en concepto de repago de deuda a sus acreedores de los que recibió como créditos para financiar la transición (Treisman, 2011). Además, la política de apertura total y sin control de la cuenta de capital hizo que sectores estratégicos de la

economía rusa fueran controlados directa o indirectamente por las empresas extranjeras, principalmente firmas europeas (Mazat y Serrano, 2012).

En dicho contexto de crisis económica y debilitamiento constante, los exiguos logros, tanto internos como externos, que Rusia obtuvo durante esta época estuvieron asociados al campo diplomático-militar. Por un lado, se mantuvo como la única potencia armamentística de la ex Unión Soviética, ya que conservó todo el arsenal nuclear del estado desaparecido. Para ello contó con el apoyo de EE.UU., ya que este país quería evitar a toda costa la proliferación de armas nucleares por otras ex repúblicas soviéticas (Pifer, 2013). Por otra parte, Rusia logró conservar el uso de la base naval de Sebastopol, situada a orillas del Mar Negro en territorio Ucrainiano, que es fundamental para acceder al Mediterráneo. Desde ya, esto se alcanzó a cambio de un ingente pago de alquiler que, a los ojos de Occidente, ofrecía una base económica a la consolidación de la Independencia de Ucrania al mismo tiempo que comprometía todavía más el ya frágil presupuesto público ruso. Por fuera de esto, Yeltsin se sometió a casi todas las demás demandas en materia militar hechas por los EE.UU. y sus aliados. La principal de ellas fue la formalización del final del Pacto de Varsovia, que ya había empezado con Gorbachov, tras el cual Rusia repatrió a sus tropas designadas en Europa Central y Oriental.

Por su parte, el abandono de Rusia de esta zona de influencia fue complementado casi simultáneamente por las maniobras de Estados Unidos para integrar a los países de

la región en una alianza militar estratégica. A este respecto, cabe mencionar que la estrategia de ampliación de la UE y la OTAN con ex aliados soviéticos era vista por los Estados Unidos como una iniciativa efectiva para formar un cerco militar alrededor de Rusia que actuara como barrera de contención preventiva y, al mismo tiempo, que evitara que los rusos pudieran exportar petróleo a través de las ex repúblicas soviéticas ubicadas sobre el mar báltico (Mazat y Serrano, 2012). Sobre este tema, lo dicho por el propio Brzezinski, asesor de seguridad de varios presidentes demócratas norteamericanos, en 1997 parece haber sido la hoja de ruta que se siguió:

“(...) El proceso de ampliación europea y la expansión del sistema de seguridad transatlántica probablemente deberían proceder por pasos deliberados. Suponiendo un fuerte compromiso de los Estados Unidos y Europa Occidental, una agenda teórica pero con cautela realista podría ser siguiente:

1. En 1999, los primeros miembros de Europa Central deberían ser admitidos en la OTAN, aunque su entrada en la Unión Europea no debería ocurrir antes de 2002 o 2003.
2. Durante este mismo periodo, la UE debería iniciar las negociaciones de adhesión con las Repúblicas Bálticas. Al mismo tiempo, la OTAN comenzará a moverse hacia adelante en el tema de la integración de estos países y Rumania para que puedan ser efectivas en 2005. En algún momento, los otros Estados de los Balcanes deben ser elegibles.

3. La integración de los países del Bálticos puede conducir a Suecia y Finlandia a considerar su candidatura a la OTAN.

4. En algún momento entre 2005 y 2010, Ucrania, sobre todo si, en el intervalo, el país ha hecho progresos significativos en sus reformas internas y logró tomar más claramente su identidad Central Europeo debería estar listo para iniciar negociaciones serias con la Unión Europea y la OTAN” (Brzezinski 1997, p.84).

También en el área energética los Estados Unidos y la Unión Europea promovieron una serie de políticas para debilitar la posición de Rusia y limitar el aumento de la dependencia de Europa occidental contra el gas ruso. La propia desintegración de la URSS dio lugar al surgimiento de 15 estados entre los cuales se localizaban las tuberías que transportaban la producción rusa. Este nuevo escenario complicaba considerablemente la posición rusa, ya que ahora para vender su producción dependía de un gran número de países, muchos de los cuales pasaron a estar directamente bajo la órbita de influencia de los Estados Unidos. Sobre este punto, Brzezinski sostuvo:

“[...] El principal interés de los Estados Unidos es asegurar que ninguna potencia pueda controlar este espacio geopolítico [el Cáucaso y Asia Central] y que la comunidad internacional tenga acceso financiero y económico sin restricciones a esta área. El pluralismo geopolítico se convertirá en una realidad duradera sólo cuando una red de tuberías y caminos de transporte conecte el área directamente a los principales centros de actividad de la economía mundial, a través de los mares Mediterráneo y árabes

o por tierra. Por lo tanto, los esfuerzos de Rusia por monopolizar el acceso a esta área deben ser combatidos por ser contrarios a la estabilidad regional” (Brzezinski, 1997, p. 148-149)

En resumen, cuando nos referimos a la década de 1990, observamos una sumisa capitulación de Rusia al proyecto imperial de los Estados Unidos. Este proyecto abarcó los ámbitos económico, político, militar y diplomático, y su principal objetivo era prevenir la posible resurrección de Rusia como un actor antagónico en el escenario global. La colaboración de la cúpula política rusa, encabezada por Yeltsin, fue uno de los factores determinantes que garantizaron el éxito de la empresa. Además, este escenario se reforzaba con un cerco estratégico entre Rusia y Europa Occidental que se extendía desde el Mar Báltico hasta el Mediterráneo, institucionalizado a través de diversos organismos entre los que se destacan la UE y la OTAN. Para muchos analistas, este parecía un escenario duradero. Sin embargo, la intempestiva llegada de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación Rusa produciría en pocos años aquellos cambios que los Estados Unidos habían estado intentando evitar a toda costa, sin ahorrar esfuerzos ni recursos en ello.

III. El cambio de tendencia: de la llegada de Putin a las revoluciones de colores

Vladimir Vladimirovich Putin llegó a los primeros planos de la escena política rusa en agosto de 1999, cuando fue designado Primer Ministro por el presidente de

entonces, Boris Yeltsin. Más tarde, el 31 de diciembre de ese mismo año, Yeltsin presentaría sorprendentemente su renuncia, designando como presidente en funciones a Putin hasta las elecciones que tendrían lugar el 26 de marzo de 2000. En esas elecciones Putin logró imponerse cómodamente y obtuvo el cargo de presidente de la Federación Rusa.

Durante los primeros años de su presidencia, Putin sostuvo la política de cooperación con los Estados Unidos y otros países occidentales que había mantenido su antecesor. Un ejemplo de ello fue que Rusia ofreció su colaboración a los EE.UU. en la lucha contra el terrorismo después los atentados del 11 de septiembre de 2001 y apoyó la intervención de EE.UU. en Afganistán (Council on Foreign Relations, 2006). De hecho, las relaciones con los EE.UU. durante este periodo eran tan buenas que la llegada de asesores militares estadounidenses a Georgia, en 2002, no causó protestas significativas por parte de la diplomacia rusa y en ese mismo año Rusia llegó a sellar un convenio de cooperación con la OTAN, su más acérrima amenaza del pasado. Por su parte, como reconocimiento por su colaboración con Occidente, durante la Cumbre de Kananaskis, en 2002, Rusia fue definitivamente admitida como miembro permanente del G-7 (a partir de entonces, G-8), con pleno derecho a voto en todas las discusiones.

Sin embargo, a pesar de la armonía con que venían desarrollándose las relaciones entre Rusia y sus socios occidentales, a comienzos de 2003 se produciría un punto de inflexión

que no tendría vuelta atrás para ambos bandos (Alcaro y Alessandri, 2009). Es importante destacar que no se trató de un solo factor, sino de una acumulación de hechos que se habían ido sucediendo durante los últimos años. El detonante definitivo fue la invasión de EE.UU. a Irak pero las causas deben ser rastreadas con anterioridad.

En los últimos años de existencia de la URSS, el presidente de los EE.UU. de aquel entonces, George H. W. Bush, había prometido a Mijail Gorbachov que si los soviéticos dejaban sin efecto el Pacto de Varsovia, la OTAN no avanzaría sobre el espacio antiguo soviético¹. Sin embargo, esta promesa no fue cumplida por las administraciones posteriores y entre 1999 y 2004 todos los anteriores miembros del Pacto de Varsovia (exceptuando Albania), incluidos los tres estados bálticos que habían formando parte de la URSS, se incorporaron como miembros de la OTAN. Asimismo, nuevas bases americanas fueron instaladas en Bulgaria y Kosovo. Además, en 2002 Estados Unidos entabló negociaciones con Polonia y otros países europeos para el establecimiento de una base militar con capacidad de interceptación de misiles de largo alcance. El presunto motivo era proteger a Europa y Estados Unidos de misiles lanzados desde África y Oriente Medio. Sin embargo, esta explicación no convenció a Moscú, que argumentó que se estaba tratando de establecer un cerco a su alrededor. Sumado a esto, como ya se ha mencionado, en 2002 llegaron consejeros

¹ Spiegel Online, 26 de Noviembre de 2009 : <http://www.spiegel.de/international/world/nato-s-eastward-expansion-did-the-west-break-its-promise-to-moscow-a-663315.html>

militares estadounidenses a Georgia para supervisar la situación de Abjasia y Osetia del Sur.

En marzo de 2003, con el apoyo sus aliados, agrupados bajo el nombre de “*coalition of the willing*”, Estados Unidos procedió con la invasión sobre Irak contra el veredicto de las Naciones Unidas. Francia, Rusia y China, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, manifestaron su oposición a las medidas de fuerza contra el país asiático y anunciaron su intención de vetar cualquier documento que legitimase explícitamente el ataque. Estos estados, así como muchos otros que no formaban parte del Consejo de Seguridad, abogaban por una salida negociada, basada en la continuidad de la labor de los inspectores de la ONU que se estaban desempeñando en el país asiático. Sin embargo, EE.UU. decidió llevar adelante la ofensiva omitiendo las normas internacionales vigentes. Esta acción unilateral por parte de los EE.UU. se sumaba a los bombardeos de la OTAN sobre Yugoslavia, en 1999, sin la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU y la implicación de las potencias occidentales en la deposición de Slobodan Milošević al año siguiente. Cabe destacar que Rusia posee lazos históricos de larga data con Yugoslavia y este país era considerado su principal aliado en la región balcánica. Por lo tanto, como consecuencia de esta progresión de eventos, se produciría una ruptura en la relación de estos países que no tendría vuelta atrás ya que, simultáneamente, Rusia empezaría a llevar adelante una política de reafirmación de su influencia sobre el antiguo espacio soviético e intentaría establecer un límite al avance

de Occidente sobre Europa del Este y Asia Central.

III.I Putin y la estrategia de reafirmación geopolítica rusa

A pesar de su colaboración Occidente, desde el comienzo Putin exhibió una retórica de defensa activa de los intereses exteriores rusos que, según su perspectiva, habían sido sistemáticamente ignorados durante la década de 1990 (Wallerstein, 2007). Esta orientación pronto lo enfrentaría con los Estados Unidos, que no deseaban ver a una Rusia recuperada e influyente en una zona crítica del globo para sus intereses. Es en este contexto de oposición de intereses entre los proyectos geopolíticos ruso y estadounidense que debemos interpretar el surgimiento de las llamadas “Revoluciones de colores”.

La “Revoluciones de Colores” fueron una serie de movimientos de protesta con orientación pro-occidental que se desarrollaron en varios países del antiguo espacio soviético, impulsados por la retórica de la necesidad de una democratización del sistema de partidos (Mierzejewski-Voznyak, 2014). El antecedente más importante sería el ya mencionado caso de Serbia, en 2000, denominada “Revolución Bulldozer”. Más tarde llegaría la “Revolución de las Rosas” ocurrida en Georgia, en 2003, que destituyó a Eduard Shevardnadze, ex ministro de Relaciones Exteriores de Gorbachov y presidente del país desde 1992. Shevardnadze fue reemplazado por Mijail Saakashvili, de estrechos vínculos con el

magnate húngaro-norteamericano George Soros, quien inmediatamente mostró una férrea alineación con los intereses de los Estados Unidos². Prácticamente el mismo proceso se vivió en Kirguistán, en 2005, cuando la revolución amarilla, o revolución de los tulipanes, forzó la destitución de Askar Akayev, quien presidía el país desde 1990, cuando fuera designado en el cargo por el Soviet Supremo de la URSS. El último paso fue el fallido intento de derrocar al líder bielorruso Alexander Lukashenko en las elecciones de 2006. Pero el caso más relevante entre las revoluciones de colores es, indudablemente, el de Ucrania.

La “Revolución naranja” fue una campaña de huelgas y manifestaciones que tuvieron lugar en toda Ucrania entre noviembre de 2004 y enero de 2005, como protesta por el resultado de las elecciones presidenciales del primero de esos años. Varios participantes denunciaron la existencia de fraude en favor del candidato pro ruso Viktor Yanukovich, quien era el primer ministro del país y contaba con el apoyo del presidente saliente, Leonid Kuchma, antiguo dirigente soviético. Los manifestantes que salieron a expresarse reclamaban que el verdadero ganador de ese proceso electoral había sido Viktor Yushchenko, candidato de declarada posición prooccidental. Varios líderes de la oposición, como Yuliya Tymoshenko, se unieron a Yushchenko. Con el apoyo de los manifestantes y la presión de la Unión Europea y los Estados Unidos, el Tribunal

² Cabe destacar que inmediatamente después de terminar su segundo mandato como presidente Georgia, en noviembre de 2013, Saakashvili se ha mudado a los Estados Unidos, donde se desempeña como docente en la Fletcher School of Law and Diplomacy.

Supremo de Ucrania anuló la elección y llamó a nuevos comicios. En esta oportunidad ganó el candidato opositor Viktor Yushchenko, quien designó como primera ministra a Yuliya Tymoshenko, dando por concluida la denominada "Revolución Naranja", en alusión al color que usaban los manifestantes para identificarse.

Sin embargo, la coalición naranja rápidamente mostró fisuras y comenzó a resquebrajarse como consecuencia de su ineptitud para cumplir sus promesas electorales e institucionalizar sus estructuras (Mierzejewski-Voznyak, 2014). Tras nueve meses en el cargo, en septiembre de 2005 Yuliya Tymoshenko dimitió como primera ministra por disensos con otros miembros de la coalición y con el propio presidente del gobierno. Más tarde, se realizaron dos elecciones parlamentarias en 2006 y 2007, respectivamente. En ambas, el gran vencedor fue el Partido de las Regiones, liderado por Yanukovich, contra quien se habían realizado las protestas por fraude a fines de 2004. La principal consecuencia de este escenario fue una gran inestabilidad política, que intentó aplacarse nombrando a Yanukovich como primer ministro, en 2006, lo que significaba una clara marcha atrás con respecto a una de las principales consignas de la revolución naranja (Clem y Craumer, 2008).

El punto final de la revolución naranja llegó en las elecciones presidenciales de 2010, ya que el ganador fue Víctor Yanukovich. Este último evento fue considerado como una gran derrota para la diplomacia de

occidente, ya que Yanukovich siempre ha expresado la importancia de conservar vínculos estrechos con Rusia (Samokhvalov, 2007).

Ahora bien, una de las principales particularidades de la revolución naranja fue la masiva presencia de apoyo y financiación proveniente del extranjero. Por un lado, se observa el activo involucramiento de los ucraniano-estadounidenses. Estos eran personas nacidas en los Estados Unidos pero de familias 100% ucranianas, como es el caso de la esposa de Yushchenko, quien nació en Chicago, Illinois. De hecho, este fue uno de los principales motivos por los cuales desde Rusia rápidamente relacionaron estas manifestaciones con la acción de la CIA. Por el otro lado, estos movimientos de protesta fueron calurosamente saludados por el *Council on Foreign Relations*, el influyente think tank que publica la revista *Foreign affairs*, y el propio gobierno de los Estados Unidos, presidido por George W. Bush. El propio Bush se refirió a la revolución naranja como "un poderoso ejemplo de democracia para la gente de todo el mundo"³ y prometió ayuda financiera para cimentar el acercamiento de Ucrania con Occidente. A este respecto, cabe mencionar que desde la independencia de Ucrania, Estados Unidos se ha gastado al menos 5000 millones de dólares en "promover la democracia", como ha afirmado la portavoz del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Victoria Nulan en su discurso durante el congreso de la U.S.-Ukraine Foundation, en diciembre de

³ Diario Washington Post, 5 de abril de 2005, citado en su página web: <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A24568-2005Apr4.html>

2013⁴. Esta financiación se ha realizado mediante instituciones como USAID (Agencia Americana para el Desarrollo Internacional) e individuos particulares, como George Soros (Bunce y Wolchik, 2011). En sus propias palabras, los *Programas de Promoción de la Democracia* de USAID están diseñados para “fomentar el activismo cívico, impulsa reformas y construir ONG sustentables.”⁵

Otro elemento importante es que las “revoluciones de colores” mostraron patrones sumamente similares. Al igual que en Ucrania, todas contaron con el apoyo explícito de la diplomacia norteamericana y financiación proveniente de este país, generalmente a través de ONG’s. El objetivo era claro: destituir a los gobiernos prorusos y reemplazarlos por aliados occidentales para debilitar la influencia de Moscú en el antiguo espacio soviético (Alcaro y Alessandri, 200). Sin embargo, con respecto a los intereses de la UE y los Estados Unidos, la revolución naranja fue un fracaso y, a pesar de sus éxitos iniciales, no pudo sostenerse. Así, en términos generales, el proceso de la revolución naranja tuvo la curiosa cualidad de dejar descontentas a todas las partes involucradas. En primer lugar, a los propios ucranianos que la apoyaron, que se sintieron defraudados y traicionados por los dirigentes que llegaron al poder con ella. Por su parte, para Rusia significó una importante derrota parcial, ya que el

candidato que contaba con su apoyo fue desplazado, aunque posteriormente llegaría al poder, no tanto por méritos propios como por los defectos de la oposición. Para la Unión Europea, la ineptitud en la gestión de la Revolución Naranja significó una crisis energética sin precedentes, debido a la Guerra del Gas, de 2009, que se desarrollará más adelante. Finalmente, para los Estados Unidos la Revolución fue un fracaso porque no pudo sostenerse y terminó capitulando frente a un hombre fuertemente inclinado a colaborar con Rusia. De esta manera, las revoluciones de colores pusieron claramente de manifiesto y, a la vez, profundizaron la contraposición de intereses que se venía fraguando desde los años previos entre los EE.UU. y Rusia.

IV. La escalada de tensiones y la llegada de Obama: Del intento “Reset” a la crisis de Siria

La revolución naranja fue el primer episodio que marcó un distanciamiento abierto en el campo diplomático entre EE.UU. y Rusia y, desde entonces, el principal elemento de desconfianza entre ambos proviene desde el ámbito de la seguridad. Así, en un contexto de acusaciones cruzadas entre ambos estados por los sucesos de Ucrania, en 2007 Rusia se opuso firmemente al proyecto de los Estados Unidos de instalar un escudo antimisiles en Europa central (concretamente, en Polonia y República Checa), a través de la OTAN. En teoría, este escudo antimisiles sería para proteger a los miembros europeos de la OTAN contra la amenaza iraní. Sin embargo, Putin no

⁴ Citado por el departamento de Estado de los EE.UU. en su página web: <http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/2013/dec/218804.htm>

⁵ Página web de USAID: <http://www.usaid.gov/where-we-work/europe-and-eurasia/ukraine/democracy-human-rights-and-governance>

aceptó estos argumentos y declaró que se trataba de una provocación intolerable para Rusia. Incluso llegó a establecer una analogía entre esta situación y la crisis de los misiles en Cuba, aclarando que si no se llegó a mismo nivel de tensiones que en aquella oportunidad fue por el cambio en las relaciones de Rusia con Europa y los EE.UU. (Wallerstein, 2007). Tras largas negociaciones, el proyecto quedó detenido por la oposición de las propias repúblicas centro europeas que debían albergar la base pero la tensión quedó latente entre Washington y Moscú y se incrementó cuando en abril de 2008 el presidente George H. Bush declaró su pleno apoyo a la entrada de Ucrania y Georgia en la OTAN⁶. Como respuesta a esta situación, y en un claro gesto de demostración de su reafirmación como potencia regional, en agosto de 2008 Rusia, junto con las repúblicas de Osetia del Sur y Abjasia, se embarcó en lo que fue conocido como la Segunda Guerra de Osetia del Sur (Tsygankov, 2013).

La cuestión de Abjasia y Osetia del Sur ha estado latente desde la desintegración de la URSS: ambos territorios poseen una mayoría étnica rusa y tras la desaparición de la Unión Soviética se unieron a Georgia pero en 1992 declararon unilateralmente su independencia, que fue reconocida por Moscú. Georgia, por su parte, desconoció dichas declaraciones e inmediatamente entró en conflicto con las tropas separatistas de Abjasia y Osetia del Sur, llegando a firmar algunos frágiles acuerdos

que solo consiguieron dilatar el estallido de la tensión. En este marco, apoyado por los EE.UU. y más tarde por la UE, el gobierno de Georgia continuó reclamando la plena soberanía sobre estos dos territorios y en agosto de 2008 decidió invadir Osetia del Sur, contando con que el apoyo de la OTAN haría que Rusia se abstuviera de intervenir (Treisman, 2011). Sin embargo, este fue un serio error de cálculo por parte de Tiflis. Rusia no solo intervino, sino que en pocos días derrotó al ejército georgiano, destruyendo gran parte de sus recursos militares. Además, poco después de la finalización del conflicto, el presidente de Rusia de ese momento, Dmitri Medvédev, anunció la intención de su gobierno de desplegar misiles *Iskander* en el territorio de Kaliningrado, ubicado entre Polonia y Lituania, en respuesta a la iniciativa de Washington de instalar escudos antimisiles de EE UU en los países de Europa del este⁷.

La Segunda Guerra de Osetia del Sur significó el primer gran fracaso de la estrategia geopolítica estadounidense de debilitamiento de Rusia, así como el punto de tensión más álgido entre ambos Estados desde el final de la guerra fría. En pocas palabras, la victoria rusa significó la reafirmación de su hegemonía sobre el Cáucaso, la cual era de suma importancia para el gobierno de Putin por dos razones: por un lado, porque el Cáucaso es un enclave fundamental para el transporte de petróleo a través del Mar Caspio, así como de gas desde Asia Central. Por el otro lado, el control de esta región le garantizaría la

⁶ Diario El país, 2 de abril de 2008: http://elpais.com/diario/2008/04/02/internacional/1207087201_850215.html

⁷ Citado por el diario El país en su página web, 5 de noviembre de 2008: http://internacional.elpais.com/internacional/2008/11/05/actualidad/1225839611_850215.html

no presencia de la OTAN en una zona de una altísima relevancia estratégica para Moscú. Del mismo modo, los Estados Unidos y la UE consideran que Georgia es una pieza esencial en la región para luchar contra la hegemonía rusa en el transporte de gas a Europa. El mejor ejemplo de la importancia atribuida a esto es el gran proyecto del gasoducto Nabucco -sobre el cual se volverá más adelante- patrocinado por los EE.UU. y cuyo objetivo principal era reducir la dependencia europea del gas ruso.

Como parte de su estrategia de reposicionamiento en la región, en estos años Rusia también intentó utilizar herramientas económicas y culturales para luchar contra la influencia occidental en el antiguo espacio soviético (Mazat y Serrano, 2012). Con ese objetivo se firmaron una serie de acuerdos culturales entre Rusia y los miembros de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) para subsidiar la enseñanza del ruso en el sistema escolar de estos países. Pero sin dudas, el paso más importante que ha dado Rusia para consolidar su hegemonía en la región ha sido la creación de una Unión Aduanera con algunas de las ex repúblicas soviéticas, denominada “Unión Económica Euroasiática”. Inicialmente integrada por Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, otros países como Kirguistán, Tayikistán, Moldavia y Armenia han expresado su intención de unirse, incluso en detrimento de sus posibilidades de ingresar a la UE, como es el caso de este último Estado. En este último grupo de países también se contaba Ucrania, cuyo presidente, Yanukovich, había

expresado en el pasado (2010⁸ y 2012⁹) su intención de incorporarse y en mayo de 2013 firmó un memorándum de cooperación con el estatus de observador, el cual le permitía participar de todas las reuniones y comisiones de la Unión Aduanera sin derecho a voto¹⁰.

Tras este sostenido y progresivo aumento de tensiones diplomáticas, con la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos, en 2009, la relación entre el país norteamericano y Rusia logró relajarse considerablemente, al menos durante su primer mandato. En este sentido, Obama se mostró a favor de la adopción de una estrategia de acercamiento con Rusia, en claro contraste con la postura de abierta confrontación que exhibió el gobierno de Bush después de 2003. El ejemplo más explícito de este cambio de orientación fue el discurso del vicepresidente de EE.UU., Joe Biden, durante la Conferencia de Seguridad en Munich, en febrero de 2009. En esa oportunidad, Biden afirmó que había llegado “la hora de apretar el botón *reset*”¹¹ para reconstruir las buenas relaciones entre ambos países. Del mismo modo, EE.UU. abandonó varios programas especialmente

⁸ Radio “The voice of Russia”, citado en su página web, 26 de noviembre de 2010: <http://voiceofrussia.com/2010/11/26/35724351/>

⁹ Diario Kyiv Post, citado en su página web, 21 de marzo de 2012: <http://www.kyivpost.com/content/ukraine/yanukovych-ukraines-constitution-does-not-allow-en-124683.html>

¹⁰ Agencia de noticias Reuters, citado en su página web, 31 de mayo de 2013: <http://uk.reuters.com/article/2013/05/31/uk-ukraine-russia-trade-idUKBRE94U0UK20130531>

¹¹ Citado por la oficina de prensa de la Casa Blanca en su página web, 7 de febrero de 2009: <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-vice-president-biden-45th-munich-conference-security-policy>

sensibles para la política exterior rusa, como el proyecto de ampliación de la OTAN en los países de la antigua Unión Soviética y la instalación de escudos antimisiles en Europa Central. De este modo, después de 2009 los dos elementos fundamentales en la política de acercamiento entre EE.UU. y Rusia fueron la cooperación en torno a la situación de Afganistán y el desarme de común interés para ambos países (Alcaro y Alessandri, 2009). En cuanto a Afganistán, ambos gobiernos coinciden que este país puede tener un efecto desestabilizador en la región. Por ello, en julio de 2009, Obama y Medvedev firmaron un convenio de colaboración para estabilizar la situación del país asiático. Con respecto al desarme, en 2010 se rubricó el tratado “Nuevo START”, en el que ambos estados se comprometen en reducir su arsenal atómico en casi un 70%.

Sin embargo, a poco de intentar desandar el camino de las divergencias, surgieron importantes focos de tensión entre ambos países. El primer episodio estuvo relacionado con las protestas que se desarrollaron en diciembre de 2011, tras las elecciones legislativas rusas en las que el partido del tándem Putin-Medvedev se alzó con el 49% de los votos. Estas fueron sumamente sobredimensionadas por los medios de comunicación Occidentales y hasta el propio Putin llegó a sugerir que los líderes que las protestas eran parte de una estrategia de desestabilización de EE.UU. contra el gobierno del país. Pero el ejemplo más dramático de este resurgimiento de las tensiones llegó con la crisis Siria, puesto que allí se manifestó claramente el conflicto de intereses de ambos países (Braithwaite,

2014). Aquí existe un complejo juego de intereses contrapuestos dado que Siria es aliada de Rusia¹² y de Irán (Goodarzi, 2013), mientras que Washington considera que la caída del régimen de Bashar Al-Asad es fundamental para un cambio de orientación en la región, especialmente en Irán. Sin embargo, esto confronta directamente con la voluntad de Moscú de que Al-Asad conserve su posición al frente del gobierno de Damasco, ya que esto garantizaría su presencia militar en la región¹³. El mayor símbolo del involucramiento de estos dos países en el conflicto es que Rusia y los Estados Unidos han intervenido directamente, firmando un acuerdo el 14 de septiembre de 2013 por medio del cual Siria debe destruir su arsenal químico bajo supervisión de estos dos países¹⁴. En cuanto a este, pese a la voluntad expresada por ambos cancilleres, los avances desde entonces han sido lentos y dificultosos.

En este marco cooperación forzada y desconfianza mutua, se inscribe el último episodio la tensa relación entre ambos estados, con Ucrania como teatro de operaciones.

¹² Cabe mencionar que la única base naval que Rusia conserva en el mar Mediterráneo está ubicada en Tartús, Siria.

¹³ La crisis en Siria comenzó en el contexto de la denominada Primavera Árabe, hacia fines de 2010 y durante los primeros meses de 2011. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en Túnez, Egipto, y guardando más relación con la situación de Libia, el gobierno Sirio resistió a las protestas, lo que derivó a comienzos de 2012 en una guerra civil que todavía continúa.

¹⁴ Organización para la Prohibición de Armas Químicas (OPWC), ONU, documento oficial del acuerdo: http://www.opcw.org/fileadmin/OPCW/EC/M-33/ecm33dec01_e_.pdf

V. La situación de Ucrania: Geopolítica y proyectos estratégicos

La historia común de Rusia y Ucrania se remonta más de 1000 años en el tiempo, hasta el Siglo IX, cuando se estableció el Principado de Kiev. Este fue el primer estado eslavo organizado, formado por una federación de tribus eslavas orientales y fue el origen de lo que en la actualidad son las naciones de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Desde entonces, Ucrania atravesó una larga y compleja historia pero solo se convirtió en una república independiente en 1991¹⁵. Sin embargo, a pesar de su escaso pasado histórico, desde el momento mismo de la Caída de la Unión Soviética, la situación del nuevo estado independiente de Ucrania ha tenido una relevancia particular en la estrategia geopolítica de los estados Occidentales en la región. Por un lado, se puede ver como esto se pone de manifiesto en documentos oficiales de la UE. En 1994, Peter van Ham, investigador del Instituto para los Estudios de Seguridad de la Unión Europea Occidental, señalaba:

“La disputa entre Rusia y Ucrania involucra varios elementos que, en conjunto, hacen una situación volátil. Dado que esta relación es probable que se convierta el caso de prueba más grave en la que Rusia tiene la oportunidad de demostrar que se ha despojado de su modo imperialista centenaria de conducir la política exterior,

¹⁵ Aunque debe tenerse en cuenta que eso no significa que los ucranianos no cuenten con una identidad, cultura y tradiciones sólidas. Como señala Magocsi (2010) “Ucrania pudo haber alcanzado la independencia recién en 1991, pero difícilmente se trate de un país nuevo.” (p. XXV).

Occidente debería prestar especial atención a esta zona de fricción.” (Van Ham, 1994: 5)

Y más adelante concluía:

“Una Ucrania democrática, estable e independiente va en interés de Occidente por dos razones. En primer lugar, si Ucrania estuviese orientada hacia Occidente y fuera respetada en la comunidad internacional, esto reduciría la posibilidad de una renovación de las aspiraciones imperiales de Rusia hacia el oeste. [...] En segundo lugar, una Ucrania independiente, democrática y no-nuclear puede hacer una importante contribución a la creación de una arquitectura de seguridad europea viable.” (Van Ham, 1994: 38)

A pesar de los cambios experimentados por la UE desde entonces, esta perspectiva sobre la situación y la importancia de Ucrania se ha mantenido en el tiempo. Como ejemplo de ello se puede mencionar otro trabajo del Instituto para los Estudios de Seguridad de la Unión Europea, esta vez de 2007:

“A pesar de la evolución y los cambios en las relaciones entre la UE y Rusia, la dimensión geopolítica –en la forma de discusión sobre el espacio Pos-soviético y, en particular, sobre el rol de Ucrania- ha estado presente en la agenda bilateral desde el comienzo mismo” (Samokhvalov, 2007:7).

Por el lado de los Estados Unidos, James Goldgeier y Michael McFaul señalan la importancia que se le atribuyó en el seno de la *administración Bush Sr.* a la situación de Ucrania desde el comienzo del período pos-Guerra Fría:

“El Secretario de Defensa Dick Cheney y sus principales asesores vieron la recuperación del poder y el potencial de la independencia de la República Soviética de Ucrania como significativamente ventajoso para los intereses geoestratégicos de los Estados Unidos.”(Goldgeier y McFaul, 2003: 23)

Del mismo modo, es notable el análisis de Brzezinski, quien ha dedicado una atención especial a la importancia de Ucrania en el escenario geopolítico regional en relación a Rusia:

“Ucrania, un espacio nuevo e importante en el tablero euroasiático, es un pivote geopolítico porque su misma existencia como país independiente ayuda a transformar Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático. Rusia sin Ucrania todavía puede luchar por el estado imperial, pero entonces se convertiría en un estado imperial predominantemente asiático, más propensos a ser arrastrados a conflictos debilitantes con los surgimientos de Asia Central, que estarían resentidos por la pérdida de su reciente independencia y contarían con el apoyo por parte de sus socios de los estados islámicos del sur. [...] Si Moscú recupera el control sobre Ucrania, con sus 52 millones de habitantes y grandes recursos, así como su acceso al Mar Negro, Rusia recupera automáticamente los medios para convertirse en un poderoso estado imperial, que abarca Europa y Asia. La pérdida de independencia de Ucrania tendría consecuencias inmediatas para Europa Central, transformando a Polonia en el pivote geopolítico en la frontera oriental de la Europa unida.” (Brzezinski, 1997: 46).

Otro aspecto que muestra la relevancia que Occidente le otorga a Ucrania es la firma del Acuerdo para la paz, de 1994 y el acuerdo de Asociación Específica, de 1997, ambos realizados entre Ucrania y la OTAN. En este último se expresa que *“Una Ucrania independiente, democrática y estable es uno de los factores clave para garantizar la estabilidad en Europa Central y del Este, y el continente en su conjunto.”*¹⁶

De esta manera se observa que desde el momento de la obtención de su independencia y hasta la actualidad, Ucrania ha estado en el foco de atención respecto a la cuestión de la seguridad de Occidente, especialmente en relación a Rusia. Justamente por ello, el devenir de los hechos que han tenido lugar desde finales de 2013 no puede ser comprendido sin tener en cuenta la importancia, la influencia y los intereses de los principales actores internacionales respecto a este país.

V.I El estallido de las tensiones: del Euromaidan a la anexión de Crimea y sus consecuencias

El origen de los dramáticos incidentes que se han desarrollado en Ucrania desde Diciembre de 2013 puede rastrearse, al menos superficialmente, en el pasado reciente. El 30 de marzo de 2012, la Unión Europea y Ucrania firmaron un acuerdo de asociación. Este se encuentra en el marco de

¹⁶ Carta de Asociación Específica entre la Organización del Tratado del Atlántico del Norte y Ucrania, 9 de julio de 1997, texto oficial, disponible en la Página web de la OTAN:

http://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_25457.htm

lo que se conoce como la Asociación Oriental (Eastern Partnership, en inglés), un programa que fue lanzado por la UE menos de un año después de la Segunda Guerra de Osetia del Sur para atraer hacia sí a seis países que pertenecieron a la Unión Soviética: Ucrania, Moldavia, Bielorrusia, Armenia, Azerbaiyán y Georgia. Así, el acuerdo firmado con Ucrania esperaba rubricarse en la cumbre de Vilnius, Lituania, en los días 28 y 29 de noviembre de 2013. Sin embargo, los hechos no se desarrollaron tal como estaba previsto.

El proyecto de la UE ofrece beneficios muy atractivos a los ojos de los ciudadanos los ex países soviéticos, como permitir la libre entrada y movilidad en su territorio o garantizar el acceso al mercado común. Así, la UE no sólo espera fortalecer sus vínculos con esas naciones, algunas de las cuales son particularmente ricas en recursos naturales, sino también garantizar la defensa de sus propios intereses geopolíticos: Europa no quiere recordar la llamada "guerra del gas" de 2009, cuando Rusia cerró la llave de sus gasoductos hacia el Oeste y al menos 12 países europeos enfrentaron serios problemas de suministro en pleno invierno¹⁷. Sin embargo, las

¹⁷ El detonante de la crisis fue el aumento unilateral del precio del gas que Rusia exportaba a Ucrania, como sanción por la deuda que el país importador poseía con la empresa rusa Gazprom y, ante la negativa ucraniana de aceptar el aumento, Rusia cortó el suministro durante 13 días, en pleno invierno (del 7 al 20 de enero de 2009). Dado que buena parte del gas que llega a Europa desde Rusia lo hace a través de los gasoductos que pasan por Ucrania, el corte del suministro a este país afectó severamente a los demás receptores. Ahora bien, este incidente debe ser contextualizado en la disputa que mantenía Rusia con la Unión Europea y Estados Unidos por la ya mencionada construcción del Gasoducto Nabucco, una vía alternativa para disminuir la dependencia europea del suministro de Rusia. La

condiciones que la UE le exigía a Ucrania para firmar los acuerdos de asociación y facilitar asistencia financiera a un Estado que se encontraba al borde de la bancarrota no eran en absoluto menores e incluían la adopción de reformas estructurales, tanto institucionales como económicas, condicionadas a las normativas del FMI, lo que básicamente se traducía en flexibilización y medidas de austeridad¹⁸. Además, el FMI otorgaría los créditos a través de bancos occidentales. Es decir el endeudamiento se gestionaría por medio de estas instituciones, que contarían con grandes posibilidades de expandir su influencia sobre el mercado interno del país. Por otra parte, en un claro episodio de intromisión en sus asuntos internos, los líderes de la UE afirmaron que los acuerdos de asociación no se ratificarían si Ucrania no resolvía la situación de «mercado deterioro de la democracia y el imperio de la ley» que observaban, y exigieron la liberación de los líderes opositores Yulia Tymoshenko y Yuri Lutsenko encarcelados

coalición gobernante ucraniana anti-rusa de ese momento expresó su intención de participar del proyecto Nabucco, a lo cual Moscú respondió con el corte del suministro como represalia. La crisis se resolvió con la intervención de la Unión Europea, que negoció una reducción del precio para Ucrania durante 2009 y el incremento de los precios a partir de 2010. Finalmente, es importante destacar que en noviembre último el proyecto Nabucco fue detenido por la conflictividad en Turquía y sus elevados costos y, simultáneamente se está construyendo la South Stream, que proveerá de gas a Europa desde Rusia, atravesando el Mar Negro, lo que supone una rotunda victoria de Moscú sobre la UE y Los Estados Unidos, reforzando la dependencia europea del suministro ruso.

¹⁸ FMI, Press Release No. 13/419, 31 de Octubre de 2013:

<http://www.imf.org/external/np/sec/pr/2013/pr13419.htm>

en 2011 y 2012, respectivamente, bajo los cargos de desfalco y abuso de autoridad¹⁹.

Inicialmente, el presidente de Ucrania de ese momento, Víctor Yanukóovich, instó al Parlamento a aprobar leyes necesarias para que Ucrania pudiera cumplir con los requerimientos de la Unión Europea. Sin embargo, el 21 de noviembre de 2013, el primer ministro, Nikolai Azarov, anunció que se había decidido interrumpir los preparativos para firmar el acuerdo de asociación con la UE. Pocos antes de eso, el parlamento del país, la Rada Suprema, ya había rechazado los diversos proyectos de ley para que la ex primera ministra Yulia Timoshenko pudiera recibir tratamiento médico en el extranjero, tal como lo exigía la diplomacia de la UE.

El presidente Yanukovich asistió a la cumbre de la UE los días 28 y 29 noviembre de 2013 en Vilnius pero se negó a firmar el Acuerdo de Asociación. La razón que dio para rectificar la decisión de la firma fue que los meses anteriores Ucrania había experimentado una caída en la producción industrial y que las condiciones de dicha asociación no eran convenientes para la recuperación económica del país. Además, también alegó que podría afectar las relaciones con los otros países de la CEI. Así, tanto Yanukovich como funcionarios de alto nivel de la UE señalaron que seguirían negociando y que esperaban firmar el Acuerdo en una fecha posterior. Sin embargo, un elemento que debe tenerse en

cuenta para comprender este cambio de política por parte de Kiev es que mientras la Unión Europea le facilitaba una ayuda financiera de 600 millones de Euros para repartirse con los otros países del Acuerdo Oriental, Rusia le ofreció directamente a Ucrania financiación por 15.000 millones de dólares²⁰, en un momento en el cual la economía ucraniana se encontraba estancada²¹. Automáticamente, la UE culpó a Moscú de la decisión ucraniana, elevando la tensión existente entre el bloque regional y el gran vecino del Este.

Ante la negativa de Yanukovich de firmar el acuerdo de asociación, el 1° de diciembre miles de manifestantes tomaron la Plaza Maidán (en español “Plaza de la independencia”) en el centro de Kiev para protestar contra la medida. Estos ciudadanos se congregaron para apoyar la convergencia de Ucrania con Occidente y su posible ingreso a la Unión Europea. Inmediatamente, los Estados Unidos y la alta diplomacia europea expresaron apoyo a los manifestantes. De hecho, dentro de los EE.UU. las protestas ucranianas han logrado unir a Republicanos y Demócratas de una manera admirable: mientras el senador republicano John McCain fue expresamente a Kiev para transmitirle su apoyo a los manifestantes²², el secretario de Estado, John Kerry, han sostenido repetidamente que los ciudadanos en las calles de Kiev

²⁰

<http://sp.ria.ru/international/20131217/158808741.html>

²¹ Según el Banco Mundial, el crecimiento de Ucrania en 2013 fue de 0%, después de rebajar tres veces el pronóstico desde julio de 2012.

²² The Washington Times, Pagina web, 15 de diciembre de 2013:

<http://www.washingtontimes.com/news/2013/dec/15/john-mccain-kiev-tells-protesters-ukraine-inspirin/>

¹⁹ A pesar de tener una condena de cuatro años, Lutsenko fue liberado en abril de 2013, amnistiado por Yanukovich. Por su parte, Tymoshenko fue liberada el 22 de febrero de 2014, tras la deposición de Yanukovich.

cuentan con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos y la UE²³ y el propio Kerry ha coordinado reuniones con los líderes de la oposición²⁴. Por supuesto, esto generó respuestas por parte del gobierno ucraniano y de Rusia. Desde Moscú, el ministro de Asuntos Exteriores, Serguei Lavrov, declaró que Occidente estaba intentando imponer una decisión a Ucrania y exhortando a los ciudadanos a derrocar el gobierno de Yanukovich.

Las protestas, inicialmente pacíficas, fueron subiendo de tono y dieron paso a violentos enfrentamientos entre los manifestantes y los *Berkut* (las fuerzas especiales de la policía). En enero la situación siguió empeorando y además de las barricadas hubo enfrentamientos con armas de fuego. Al menos 70 personas murieron por disparos durante los enfrentamientos. La radicalización de los sucesos en la Plaza Maidan condujo a la huida de Yanukovich del país, que se refugió en Rusia. Casi al mismo tiempo, el Parlamento ucraniano votaba mayoritariamente a favor de su destitución (22 de Febrero) y llamaba nuevas elecciones, fijadas para el 25 de Mayo. Además, ese mismo día se liberaba a Yulia Tymoshenko. Cinco días más tarde, Arseniy Yatsenyuk, del mismo partido que Yulia Tymoshenko (Unión de Todos Los Ucranianos), fue nombrado primer ministro interino. Durante el mandato de este gobierno interino y de discutida

legitimidad, Ucrania firmó la parte política del Tratado de Asociación con la Unión Europea el 21 de marzo. El 25 de Mayo el oligarca Petro Poroshenko fue elegido Presidente de Ucrania. Finalmente, el 27 de junio, Ucrania firmó con la UE la parte económica del Tratado de Asociación.

Desde la perspectiva de Moscú, la alianza de Kiev con los Estados Unidos y la UE representa una clara amenaza a su liderazgo en la región y, también, a su seguridad, por la posible anexión de Ucrania a la OTAN. Por ello, la respuesta de Rusia no se hizo esperar. Mientras se definía la situación de Yanukovich, fuerzas militares sin identificación establecieron puestos de control en carreteras y en los límites fronterizos de la península de Crimea con el resto de Ucrania. Asimismo, estas fuerzas rodearon las bases militares ucranianas, aunque sin intentar ninguna clase de asalto. Inmediatamente, el gobierno interino de Kiev, los Estados Unidos y la Unión Europea denunciaron que Moscú había invadido la península. Sin embargo, el tratado con Ucrania permitía que hasta 25.000 soldados rusos pudieran estar estacionados en la base naval de Sebastopol. Además, los rusos argumentaron que se trataba de fuerzas de autodefensa creadas por la propia población civil para evitar acciones de las milicias ultra reaccionarias de Sbovoda, por lo cual, ellos no tenían vínculo alguno con los hechos. En este contexto, el gobierno de Crimea anunció que realizaría unas elecciones para decidir su separación de Ucrania y su posterior anexión a Rusia. El referéndum se celebró el día 16 de Marzo con una participación del 83% y ganó la

²³ Revista Time, 1 de Febrero de 2014: <http://time.com/3602/ukraine-john-kerry-opposition-protests/>

²⁴ The Wal Street Journal On line, 1 de Febrero de 2014: <http://online.wsj.com/news/articles/SB10001424052702303973704579356520552010820>

secesión con casi el 97% de los votos²⁵. Los principales líderes de Occidente se manifestaron aduciendo que el referéndum era ilegítimo, a lo cual Moscú les recordó que la secesión unilateral del territorio de Kosovo, en Serbia, había creado un precedente. Por su parte, el parlamento ruso ratificó la anexión de Crimea el 18 de marzo²⁶. La escalada de tensiones en Crimea provocó que otras regiones del este de Ucrania de mayoría rusa decidieran separarse del gobierno de Kiev. Así, en Donetsk y Lugansk se celebraron sendos referéndums el 11 de Mayo y en ambos ganó propuesta de la secesión. Sin embargo, el gobierno de Kiev y la comunidad internacional han rechazado enérgicamente la validez de estos referéndums y Kiev ha enviado tropas para controlar las regiones, lo cual ha desembocado en un largo conflicto con los separatistas que todavía tiene un desenlace incierto.

La evolución de los hechos en Ucrania ha generado rápidas y amplias repercusiones en el escenario global. Así, con el fin de debilitar económicamente a Rusia tras la anexión de Crimea, Estados Unidos y la UE aplicaron sanciones económicas como el

²⁵ Por supuesto, no son pocas las dudas sobre la transparencia y fiabilidad de estos resultados. Por ejemplo, la ONU se ha pronunciado, declarando inválido el referendun (UN News Centre: <http://www.un.org/apps/news/story.asp?NewsID=47443#.U9ZwS-N5Pow>)

²⁶ Cabe recordar que la península de Crimea había pertenecido a Rusia desde 1783 y que fue durante el mandato de Kruschev (1954) que paso a formar parte de la Republica Socialista Soviética de Ucrania. En 1991, tras la independencia del país, siguió formando parte de Ucrania en calidad de Republica Autónoma. Desde entonces, Crimea la gran mayoría de la población de la Península de Crimea es de origen étnico ruso y se reconocen a si mismos como rusos, pese a haber nacido en territorio ucraniano.

congelamiento de cuentas y bienes de ciudadanos rusos y líderes separatistas Ucranianos en Estados Unidos, Canadá y en los países de la UE, así como revocar sus visados de viaje. También se suspendió a Rusia como miembro del G8. La réplica de Moscú fue amenazar con cortar suministro de gas a Ucrania, amparándose en la deuda que el gobierno de Kiev había contraído con la compañía rusa proveedora del servicio, Gazprom. Rusia exporta el 70% de su gas natural a Europa a través del gasoducto que pasa por Ucrania y los principales países receptores son Alemania, Italia, Francia y el Reino Unido. Ante el temor de sus socios europeos de enfrentar una nueva crisis energética, los EE.UU. respondieron con celeridad y a fines de junio de 2014, el senado de los autorizó por primera vez en 4 décadas la exportación del petróleo crudo ultraligero²⁷. Además, Barack Obama instó a Europa a explotar la extracción de gas por “fracking” (fragmentación hidráulica) y a aumentar sus importaciones de gas desde EEUU. Estas iniciativas tienen una doble finalidad: por un lado, disminuir la dependencia energética europea de Rusia. Por el otro, afectar económicamente a Rusia haciendo caer la demanda de su principal mercado de exportación.

Finalmente, cabe destacar que una de las principales consecuencias de la anexión de Crimea y la posterior crisis del Este de Ucrania fue sembrar el pánico entre los países bálticos ante un posible avance de Rusia sobre sus territorios. Frente a ello, la OTAN ha reaccionado anunciando el envío

²⁷ The Wall Street journal Online, 24 de junio de 2013: <http://online.wsj.com/articles/u-s-ruling-would-allow-first-shipments-of-unrefined-oil-overseas-1403644494>

de efectivos militares a Polonia y la región Báltica. Así, en la última semana de abril de 2014, 600 soldados estadounidenses llegaron a Polonia, Estonia, Letonia y Lituania, en una cantidad de 150 a cada país²⁸. Por supuesto, esto ha sido interpretado por Moscú como una provocación y una amenaza explícita a su seguridad nacional. Su respuesta, lejos de intentar distender la situación, fue llevar a cabo ejercicios militares en el enclave de Kaliningrado, sobre el Mar Báltico²⁹, aumentando todavía más la desconfianza de las repúblicas vecinas.

En síntesis, como se puede observar, la situación de Ucrania ha incrementado las tensiones entre Rusia y los Estados Unidos en las esferas económica, diplomática y militar. Esta circunstancia ha dado lugar a un escenario dominado por conflictos de intereses que resultan insalvables en lo inmediato y que todo parece indicar que van a extenderse en el largo plazo.

VI. Conclusiones

Como ha intentado demostrarse en este artículo, desde la caída de la Unión Soviética se han producido una serie de cambios dramáticos en el sistema político internacional y ese proceso, lejos de haber concluido, se encuentra en pleno desarrollo. En él, podemos distinguir claramente al menos dos etapas: la primera década después de la guerra fría estuvo

caracterizada por el poder hegemónico de los Estados Unidos a nivel global y su fuerte asimetría económica y militar respecto al resto de los países. Pero a partir del cambio de milenio empieza a observarse una creciente oposición al liderazgo norteamericano. Respecto a ello, este artículo se ha enfocado en el caso de Rusia y la dimensión geopolítica. En este ámbito, se constata que desde la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de la Federación Rusa, este país ha llevado adelante una serie de políticas concretas que le permitieron recuperar parte del terreno perdido durante la década anterior. Esta reafirmación de su protagonismo generó un creciente enfrentamiento con Washington, que se expresó mayormente en divergencias diplomáticas, empezando con la Invasión de Irak y llegando hasta las sanciones aplicadas tras la anexión del territorio de Crimea. Para ambos países, el principal objetivo de sus respectivas políticas exteriores ha sido garantizar la seguridad de sus territorios y sus intereses geopolíticos y económicos.

La crisis de Ucrania debe ser comprendida dentro de este contexto. Dejando de lado los factores internos del país que no fueron analizados en este artículo, es importante tener en cuenta que desde la caída del URSS, Ucrania ha recibido una atención preponderante en las estrategias de seguridad de las potencias occidentales. Esto se ha expresado claramente a través de documentos oficiales, palabras de altos líderes políticos y publicaciones académicas. De este modo, los sucesos que han tenido lugar en las calles de Kiev desde noviembre de 2013 y su posterior extensión

²⁸ <http://www.diena.lv/latvija/zinas/graube-nato-paslaik-maksa-par-latvijas-drosibu-14053765>

²⁹ Agencia de Noticias Reuters, 12 de junio de 2014: <http://uk.reuters.com/article/2014/06/12/uk-russia-military-exercises-idUKKBN0EN10020140612>

al Este del país solo pueden ser plenamente comprendidos a la luz de la disputa geopolítica que han mantenido durante la última década Rusia, por un lado, y los Estados Unidos, con el apoyo de la Unión Europea, por el otro.

La escalada de tensiones entre Rusia y los Estados Unidos está generando una reconfiguración militar y estratégica del mapa de mundial y todo parece indicar que dicha escalada se encuentra apenas en una fase inicial. En este marco, serán claves los acuerdos y las alianzas que ambos países puedan concretar para fortalecer sus posiciones. Esto se constata al observar que desde fines del 2012 EE.UU. avanza en una integración económica con la Unión Europea a través de un tratado de libre comercio transatlántico y por primera vez en medio siglo ha facilitado el acceso europeo a algunos de sus recursos más sensibles. Por su parte, Rusia ha tratado de consolidar sus vínculos con las economías emergentes avanzando en la institucionalización de la relación con los BRICS y con una política diplomática más activa, enfocándose especialmente en aquellos países que poseen recursos naturales estratégicos.

El sistema político internacional marcha desde hace más de una década hacia un esquema multipolar en el cual la seguridad y el abastecimiento energético aparecen como dos de los principales temas de agenda. La principal característica de este escenario es que se encuentra dominado por la contraposición de intereses de una multitud de actores, lo que dificulta la consecución de un equilibrio estable. En

este marco, todo parece indicar que nos encontramos al comienzo de una nueva época de tensiones internacionales permanentes y que en los próximos años seremos testigos de una proliferación de conflictos que parecen anunciados pero cuyo desenlace no deja de ser incierto, porque combinarán factores externos e internos, como lo está mostrando el caso de Ucrania. De este modo, el esquema internacional del siglo XXI será completamente diferente al de la guerra fría, pero no por eso más sencillo ni menos inquietante.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCARO, R. & ALESSANDRI, E. (2009) Re-setting US-EU-Russia Relations. Moving beyond Rhetoric. Roma: Istituto Affari Internazionali
- Åslund, A. (2009) Ukraine's Financial Crisis. Eurasian Geography and Economics, 50:4, 371-386
- Blaj, L. (2013) Ukraine's Independence and Its Geostrategic Impact in Eastern Europe. Debate: Journal of Contemporary Central and Eastern Europe, 21:2-3, 165-181
- Braithwaite, R. (2014) Russia, Ukraine and the West. The RUSI Journal, 159:2, 62-65
- BRZEZINSKI, Z. (1997); *The Grand Chessboard. American Primacy and its*

Geostrategic Imperatives. New York: Basic Books

- Bunce, V. y Wolchik, S. (2011). *Defeating Authoritarian Leaders in Postcommunist Countries.* NY: Cambridge University Press
- Clem, R. y Craumer, P. (2008) Orange, Blue and White, and Blonde: The Electoral Geography of Ukraine's 2006 and 2007 Rada Elections. *Eurasian Geography and Economics*, 49:2, 127-151
- COHEN, S. (2005) The Eurasian Convergence Zone: Gateway or Shatterbelt? *Eurasian Geography and Economics*, n°1
- Council on Foreign Relations (2006) *Russia's Wrong Direction: what the United States Can and Should Do.* New York: Council on Foreign Relations, Independent Task Force Report N°57
- CRANE, K.; OLIKER, O.; SCHWARTZ, L.H. & YUSUPOV, C. (2009) *Russian Foreign Policy. Sources and Implications.* Arlington: Rand Corporation
- FAWN, R. (2003) *Realignments in Russian Foreign Policy.* London: Franck Cass Publishers
- FIORI, J.L. (2004) O poder dos Estados Unidos: formação, expansão e limites. en: FIORI, J.L. (Org.) *O poder americano.* Petrópolis: Editora Vozes
- - (2007) *A nova geopolítica das nações e o lugar da Rússia, China, Índia, Brasil e África do Sul.* Oikos Revista de economia heterodoxa n° 8, 77-106
- Goldgeier, J. Y McFaul, M. (2003) *Power and purpose: U.S. policy toward Russia after the Cold War.* Washington D.C. The Brookings Institution Press.
- GOLDMAN, M. (2008) *Putin, Power and the new Russia.* Petrostate. New York: Oxford University Press
- Goodarzi, Jubin M. (2013). *Syria and Iran: Alliance Cooperation in a Changing Regional Environment.* *Middle East Studies* 4 (2): 31-59
- HOSSEIN-ZADEH, I. (2007) *The Political Economy of U.S. Militarism.* New York: Palgrave Macmillan
- Kanet, R. y Larivé, M. (2012) *NATO and Russia: A Perpetual New Beginning.* PERCEPTIONS, Spring 2012, Volume XVII, Number 1, pp. 75-96
- Klein, N. (2007) *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre.* Buenos Aires, Paidós
- Magocsi, P. (2010) *A history of Ukraine: the land and its peoples.* Toronto ; Buffalo : University of Toronto Press
- MANKOFF, J. (2009) *Russian Foreign Policy: the Return of Great Power Politics.* Lanham: Rowman & Littlefield
- Marples, D. y Duke, D. (1995) *Ukraine, Russia, and the question of Crimea.* *Nationalities Papers: The Journal of Nationalism and Ethnicity*, 23:2, 261-289

- MAZAT, N. y SERRANO, F. (2012) A Geopolítica das Relações entre a Federação Russa e os EUA: da “Cooperação” ao Conflito. OIKOS, Volume 11, n. 1, 5-35
- Mierzejewski-Voznyak, M. (2014) Party politics after the colour revolutions: party institutionalisation and democratisation in Ukraine and Georgia. *East European Politics*, 30:1, 86-104
- Pataccini, L. y Kinzhebaeva, E. (2014) Structural reforms in emerging economies: Argentina and Russia through the Latvian Mirror. *Humanities and Social Sciences: Latvia*. 22 (1) (Primavera-Verano 2014),48-71
- Pifer, S. (2009) Ukraine's Geopolitical Choice. *Eurasian Geography and Economics*, 50:4, 387-401
- Proedrou, F. (2010) Ukraine's foreign policy: accounting for Ukraine's indeterminate stance between Russia and the West. *Southeast European and Black Sea Studies*, 10:4, 443-456
- PROTASOV, V. EU-Russia Gas Relations: a View From Both Sides. Cleveland (Ohio): International Association for Energy Economics, 2010.
- Roslycky, L. (2011) Russia's smart power in Crimea: sowing the seeds of trust, *Southeast European and Black Sea Studies*, 11:3, 299-316
- RUTTAN, V. (2006) Is War Necessary for Economic Growth?: Military Procurement and Technology Development. New York: Oxford University Press, 2006.
- Samokhvalov, V. (2007) Relations in the Russia-Ukraine-EU triangle: “Zero-sum game” or not?, Occasional paper N° 68, EU Institute for Security Studies
- Service, R. (2000) Historia de Rusia en el siglo XX. Serie: Memoria crítica. Barcelona: Crítica
- Simon, J. (2009) Ukraine needs to decide its strategic alignment, *Southeast European and Black Sea Studies*, 9:3, 367-382
- TREISMAN, D. (2011) The Return: Russia's Journey from Gorbachev to Medvedev. New York: Free Press, 2011.
- Tsygankov, A. (2013) Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity. Rowman & Littlefield. Lanham.
- Van Ham, P. (1994) Ukraine, Russia and European security: implications for western policy. Chaillot papers 13, Institute for Security Studies of Western European Union
- Varfolomeyev, O. (2005) Did Berezovsky finance Ukraine's Orange Revolution?, *Eurasia Daily Monitor* Volume: 2 Issue: 173
- WALLERSTEIN, I. What does Putin Want?. Binghamton: Fernand Braudel Center, Binghamton University, 2007. Disponible online en: <http://www2.binghamton.edu/fbc/archive/221pr.htm>

- Waltz, K. (1979) Theory of International Politics. McGraw Hill. New York.
- Waltz, K. (2000) Structural Realism after the Cold War. International Security, 25 (1) summer, 5-41.
- Yakovlev Golani, H. (2011) Two Decades of the Russian Federation's Foreign Policy in the Commonwealth of Independent States: The Cases of Belarus and Ukraine. Working Papers European Forum at the Hebrew University of Jerusalem, disponible online en: <http://www.ef.huji.ac.il/publications/Yakovlev%20Golani.pdf>
- **Fuentes documentales de acceso en línea:**
 - Agencia de noticias RIA Novosti (en español, inglés y ruso): <http://sp.ria.ru/> - <http://en.ria.ru/> - <http://ria.ru/>
 - Agencia de Noticias Reuters: <http://www.reuters.com/>
 - NATO review Magazine: http://www.nato.int/docu/review/index_en.htm y
 - Spiegel Online: <http://www.spiegel.de/international/>
 - The Washington Post: <http://www.washingtonpost.com/>
 - Fondo Monetario Internacional: <http://www.imf.org/>
 - Organización de Naciones Unidas: <http://www.un.org>
 - The Washington Times: www.washingtontimes.com/
 - The Wall street Journal: online.wsj.com/
 - The Kyiv Post: www.kyivpost.com/
 - Diario El País (España): WWW.elpais.com/
 - Radio The Voice of Russia: <http://voiceofrussia.com/>
 - Pagina web de la Casa Blanca – Briefing room: <http://www.whitehouse.gov/briefing-room>